

wick; en virtud de todo lo cual concluyó pidiendo la deposicion del rey y solicitó que la asamblea pusiese aquella importante cuestion á la órden del dia.

Esta gran proposicion, que hasta entonces solo habia sido hecha por los clubs, los confederados ó los ayuntamientos, adquiria ya un carácter muy distinto siendo presentada en nombre de Paris y por su corregidor. Su lectura ocasionó mas asombro que favor en la sesion de aquella mañana; mas en la de la tarde se abrió la discusion y en ella se desplegó el ardor de una parte de la asamblea que hasta entonces se habia contenido. Unos querian que se discutiese inmediatamente, y otros que se difiriese la cuestion, concluyendo por remitirla al jueves 9 de agosto, y así se continuó recibiendo y leyendo otras peticiones que espresaban, aun con mas energia que la del corregidor, el mismo deseo y los mismos sentimientos.

La seccion de Mauconseil, adelantándose á mas que las otras, no se limitó á solicitar la deposicion, sino que la pronunció ella misma de su plena autoridad, declarando que ya no reconocia á Luis XVI por rey de los franceses, y que no tardaria en ir ella misma á preguntar al cuerpo legislativo si estaba por fin en ánimo de salvar la Francia. Ademas escitaba á todas las secciones del

imperio (pues ya no queria emplear la palabra reino) á imitar su egemplo.

La asamblea como ya hemos visto, no seguia el movimiento insurreccional tan de prisa como las autoridades inferiores, porque encargada de velar en la observancia de las leyes, se veia precisada á respetarlas mas; y así se encontraba frecuentemente prevenida por los cuerpos populares, y veia escapársela de las manos el poder. Anuló pues el acuerdo de la seccion de Mauconseil, y Vergniaud y Cambon emplearon las espresiones mas severas contra aquel acto, que calificaron de usurpacion de la soberania del pueblo. Sin embargo parece que no tanto condenaban en aquel acto la violacion de los principios como la inconveniencia del language con respecto á la asamblea nacional.

Ibase acercando el término de todas las incertidumbres, y á un mismo tiempo se reunian en la comision insurreccional de los confederados y en la de los amigos del rey que preparaban su fuga. Aquella difirió la insurreccion hasta el dia en que se discutiese la deposicion, es decir al nueve de agosto por la tarde ó al diez por la mañana. Los amigos del rey por su parte deliberaban acerca de su fuga en el jardin de Mr. Montmorin, donde renovaban sus ofertas los SS. de Liancourt y Lafayette. Todo estaba dispuesto para la parti-

da sin faltar otra cosa que dinero, porque Bertrand de Molleville habia apurado inútilmente la lista civil en pagar á los clubs realistas, los oradores de las tribunas y los de los grupos, como tambien á los fingidos seductores que no seducian á nadie y se guardaban para ellos los fondos de la corte. Suplióse á la falta de dinero con préstamos que algunos súbditos generosos se apresuraron á hacer al rey. Entre ellos ya hemos dicho las ofertas de Mr. Liancourt, el cual entregó todo el oro que pudo procurarse, y otras personas dieron tambien todo cuanto tenian. Otros amigos celosos se preparaban á seguir el coche de la familia real y perecer si era necesario á su lado. Todo estaba dispuesto, y los consejeros reunidos en casa de Montmorin resolvieron la marcha despues de una conferencia que duró toda la tarde, y el rey que los vió inmediatamente despues, dió su consentimiento á aquella resolucion y mandó que se entendiesen con los SS. Monciel y Sainte Croix². Cualesquiera que fuesen las opiniones de los hombres que se habian reunido para aquella empresa, era un gran gozo para ellos el creer un momento en la próxima salvacion del monarca.

Pero al dia siguiente todo cambió de aspecto habiendo declarado el rey que no saldria de ningun modo, porque no queria dar principio á la guerra civil. Quedaron consternados todos aque-

llos que con diferentes sentimientos se interesaban igualmente en su favor, y mas cuando supieron que el verdadero motivo no era el que les habia dado el rey, sino por una parte la llegada de Brunswick, que se anunciaba como muy próxima, la suspension de la insurreccion y sobre todo la oposicion de la reina á fiarse de los constitucionales. Ya esta señora habia espresado enérgicamente su repugnancia, diciendo que valia mas perecer que entregarse en manos de unas gentes que les habian hecho tanto mal. *

Asi todos los esfuerzos de los constitucionales y todos sus peligros fueron inútiles. Lafayette en particular se hallaba gravemente comprometido, pues se sabia que él habia decidido á Luckner á marchar en caso necesario sobre la capital, y este llamado cerca de la asamblea, lo habia confesado todo á la comision extraordinaria de los doce. Era el anciano Luckner bastante débil y movable, y cuando de las manos de un partido pasaba á las de otro, se dejaba sonsacar todo cuanto habia oido ó dicho la vispera, disculpándose luego de estas confesiones con decir que no entendia la lengua francesa, y lloraba y se quejaba de no estar rodeado mas que de facciosos. Guadet tuvo la

* Véanse las memorias de Madama Campan tomo 2.^o pag. 125.

habilidad de hacerle confesar las proposiciones de Lafayette, por resultas de lo cual fué citado á la barra Bureau de Puzy, ³ acusado de que habia servido de mediador. Era este uno de los amigos y oficiales de Lafayette y lo negó todo con tal serenidad y tono que logró persuadir que le eran desconocidas las negociaciones de su general; mas en todo caso se trató de poner en acusacion á Lafayette, pero se diferió por algun tiempo. Acercábase el día señalado para discutir la deposicion y ya estaba determinado y convenido el plan de la insurreccion. Como el cuartel de los Marselleses estaba muy distante se trasladaron á la seccion de los franciscanos en donde estaba situado el club de este mismo nombre, colocándose de este modo en el centro de Paris y muy cerca del lugar de la escena. Dos empleados municipales habian tenido el atrevimiento de hacer distribuir cartuchos á los conjurados, y todo en fin quedaba dispuesto para el día diez.

El ocho se deliberó sobre la suerte de Lafayette, quien por una inmensa mayoria quedó libre de la acusacion. Irritados algunos diputados de tal indulgencia, pidieron la votacion nominal; y en esta segunda prueba cuatrocientos cuarenta y seis votos tuvieron valor para pronunciarse en favor del general contra doscientos veinte y cuatro. Alborotado el pueblo con esta noticia se reunió á la

puerta de la sala é insultó á los diputados que salian, maltratando muy particularmente á los que eran conocidos por pertenecer al lado derecho de la asamblea, como Vaublanc, Girardin, Dumas etc. Por todas partes se manifestó la indignacion contra la representacion nacional, repitiendo en alta voz que no era posible salvarse con una asamblea que acababa de absolver al *traidor Lafayette*.

El día siguiente 9 se notó una extraordinaria agitacion entre los diputados, quejándose ó de palabra ó por escrito los que habian sido insultados la víspera, cuando de pronto dieron parte de que iban á arrastrar á Mr. Beaucaron; al oír esto se notó en las tribunas una algazara selvática y brutal. Añadióse tambien que habian herido á Mr. de Girardin, y los mismos que estaban perfectamente enterados de la certeza del hecho, preguntaron con ironia que cómo y quien habia cometido aquel atentado. — ¿ Quien duda, respondió el interesado, que los cobardes no hieren á nadie sino por detras? — Por fin uno de los miembros reclamó la orden del día y en el entretanto decidió la asamblea que el fiscal general de la corona Roederer fuese citado á la barra para encargarle bajo su responsabilidad personal de la seguridad é inviolabilidad de los miembros de la asamblea. Tratóse de amar igualmente al corregidor de Paris y exigir-

le una declaracion terminante de si podia ó no responder de la tranquilidad pública. A esta proposicion replicó Guadet proponiendo que se interpelase al mismo rey de si podia ó no responder de la seguridad é inviolabilidad del territorio.

Sin embargo en medio de todas estas proposiciones contradictorias, bien se echaba de ver que la asamblea temia el instante decisivo, y que los mismos girondinos hubieran preferido conseguir la deposicion del rey por medio de una deliberacion y no aventurarla á un ataque dudoso y sangriento. Entonces llegó Roederer y dió la noticia de que una de las secciones habia decidido tocar á rebato y marchar contra la asamblea y las Tullerías en caso de que no se pronunciara la deposicion. Detras de él entró Petion, y sin esplicarse de un modo positivo confesó que habia proyectos muy siniestros, enumerando las precauciones que habia tomado para prevenir el movimiento que amenazaba, y prometió ponerse de acuerdo con el departamento para adoptar sus medidas en caso de parecerle mejores que las del ayuntamiento.

Petion igualmente que todos los girondinos preferia que la deposicion fuese pronunciada por la asamblea, á que se realizase un ataque dudoso contra el palacio. Y como estaba asegurada la mayoría en favor de la tal deposicion, hubiera deseado contener los proyectos de la comision insur-

reccional. * En consecuencia se presentó en la comision de vigilancia de los jacobinos, é instó á Chabot á que suspendiese la egecucion, diciéndole que los girondinos habian resuelto la deposicion y convocacion inmediata de una convenion nacional, estando como estaban seguros de la mayoría, y por tanto no debian esponerse á un ataque cuyo resultado podia ser dudoso. Respondióle Chabot que no habia nada que esperar de una asamblea que habia tenido valor para absolver al *inícuo Lafayette*, advirtiéndole que no se dejase engañar de sus amigos, porque el pueblo habia tomado la resolucion de salvarse á sí mismo y que aquella misma tarde se tocaria á rebato en los arrabales.

«¡Ha de ser Vsted siempre tan mala cabeza, replicó Petion! yo conozco muy bien el influjo que Vsted tiene, pero yo tengo tambien el mio y le emplearé contra V. — Pues á V. se le arrestará y se le impedirá obrar, le replicó el otro.»

* Es decir que Petion y sus girondinos solo recelaban en esta medida la parte de riesgo personal que pudiera resultar contra ellos: por lo demas, el trastorno del trono y la gran conmocion que debia sufrir el estado, eso importaba poco en su concepto. Suplicamos al lector que conserve en su memoria el odioso papel que aqui representa Petion para dar luego el debido valor á los elogios que despues hace de él Mr. Thiers. (N. del T.)

Estaban en efecto demasiado acalorados los ánimos para que pudieran comprenderse los temores de Petion, y mucho menos para que este pudiera ejercer su influjo. Reinaba en Paris una agitacion general y por todas partes se tocaban los tambores en los barrios, reuniéndose los batallones de la guardia nacional en sus respectivos puestos aunque con muy diferentes disposiciones. Ibáanse llenando las secciones, no del mayor número de ciudadanos, sino de los mas acalorados y ya se habia formado la comision insurreccional en tres diferentes puntos. Fournier y algunos otros estaban en el arrabal de San Marcelo, Santerre y Westermann ocupaban el de San Antonio; y últimamente Danton, Camilo Desmoulins y Carra estaban en los franciscanos con el batallon de Marsella. Despues de haber colocado Barbaroux algunos batallones en la asamblea y en el palacio habia preparado correos que estuviesen prontos á tomar el camino del medio dia sin olvidarse en medio de todo de proveerse de una cierta dosis de veneno, tales eran las dudas que tenia del éxito, y se puso á esperar el resultado de la insurreccion en los franciscanos. Se ignora en donde se hallaba Robespierre; pero Danton despues de haber escondida á Marat en una bodega de la seccion, se apoderó de la tribuna de los franciscanos; todos titubeaban como sucede en general cuando se pre-

para un grande suceso, pero Danton, proporcionando la audacia á la gravedad de él levantó su voz de trueno en la tribuna y enumerando los que él llamaba crímenes de la corte, recordó la antipatia que profesaba á la constitucion, sus palabras siempre engañosas, sus hipócritas promesas que su conducta habia desmentido, y por último los evidentes pasos que habia dado para atraer á los extranjeros: «Siendo inútil la constitucion, «decía, es preciso que el pueblo recurra á su propia fuerza, ya que la asamblea ha absuelto á «Lafayette; solo vosotros podeis salvaros. Apresuraos pues si quereis evitarlo, pues esta noche «muchos satélites que se han ocultado en el palacio deben hacer una salida, y cayendo sobre «vosotros os degollarán antes de ponerse en marcha para Coblantz. A las armas, á las armas.»

En aquel instante dispararon un tiro en el patio del Comercio y se generalizó el grito de *á las armas*, proclamándose la insurreccion á cosa de las once y media. Formáronse á la puerta de los franciscanos los Marselleses y apoderándose de los cañones, fueron engruesándose con una numerosa multitud que se puso á su lado. Entonces Camilo Desmoulins y otros se precipitan para ir á tocar la campana de rebato, pero ya no son recibidos con el mismo ardor por las diferentes secciones. Hacen varios esfuerzos para despertar su celo, é

inmediatamente se reúnen aquellas y nombran comisionados que vayan al ayuntamiento á deponer la antigua municipalidad y reasumir todos los poderes. Ultimamente acuden al campanario y apoderándose de él á viva fuerza se ponen á tocar á rebato. Aquel lúgubre ruido empezó á resonar en la inmensa estension de la capital, y propagándose de calle en calle y de edificio en edificio, llama á los diputados, magistrados y ciudadanos á sus puestos; llega tambien al palacio y anuncia que se acerca la noche fatal; noche terrible, noche de agitacion y de sangre, que debia ser la última que pasase aquel monarca en el palacio de sus mayores!

Acababan los emisarios de la corte de decirle que habia llegado el momento de la catástrofe, refiriéndole las palabras del presidente de los franciscanos dirigidas á los suyos en que les decia que no se trataba ya, como en el 20 de junio, de un simple paseo cívico; es decir, que si el 20 de junio habia sido la amenaza, el 10 de agosto debia ser el golpe decisivo. En efecto ninguna duda tenían de ello, y ni el rey, ni la reina, ni los dos niños, ni su hermana Madama Isabel se habian acostado aquella noche, sino que despues de cenar pasaron á la sala del consejo, donde estaban los ministros y un gran número de oficiales superiores. En medio de aquella turbulencia, estaban

deliberando sobre los medios de salvar á la familia real, porque eran muy débiles los medios de resistencia como que casi se habian reducido á la nulidad, ya por los decretos de la asamblea, ya por las medidas equivocadas de la corte misma.

Disuelta la guardia constitucional por un decreto de la asamblea, no habia sido reemplazada por el rey, prefiriendo continuar dándola sus sueldos á formar otra nueva, lo cual privaba al palacio del auxilio de 1800 hombres.

Se habian alejado de Paris por el acostumbrado medio de los decretos, aquellos regimientos, cuyas disposiciones parecian favorables al rey durante la última confederacion.

No habia podido hacerse lo mismo con los Suizos¹, gracias á sus capitulaciones; pero les habian privado de su artillería, y cuando estuvo decidida la corte, aunque momentáneamente, á huir á Normandía, habia enviado alli uno de aquellos fieles batallones, bajo pretesto de proteger la llegada de los granos. Aquel batallon no habia sido llamado todavía, y solo algunos Suizos, que estaban acuartelados en Courbevoie, eran los que habian vuelto á entrar por autorizacion del corregidor, y todos juntos apenas llegaban á 800, ó pocos mas hombres.

Se acababa de organizar la gendarmeria, compuesta de antiguos soldados de guardias fran-